

JORNADAS INCIDENCIAS: LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y SUS IMPACTOS

UNIVERSITAT POMPEU FABRA 11-13 DICIEMBRE 2013

AUTOR: JOSEBA FERNÁNDEZ (UPV-EHU)

EL ESTUDIO DEL IMPACTO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES: DIFICULTADES Y RETOS

En esta aportación presentamos, a grandes rasgos, una tentativa de introducción sobre cómo las investigaciones sobre movimientos sociales han tendido a enfocar el estudio del impacto y la incidencia de los movimientos sociales. De esta forma, aludiremos en el primer punto a la ausencia continuada de estudios sobre este asunto que se justifica, en última instancia, por las dificultades metodológicas de todo tipo al que se enfrenta el investigador a la hora de poder determinar los impactos a distintos niveles de los movimientos sociales. Por otro lado, en el segundo punto, presentamos un breve y limitado repaso a una de las dimensiones que hoy más preocupan a los investigadores (y activistas) sobre movimientos sociales: la relación entre democracia, procesos de democratización y movimientos sociales.

1.- El estudio del impacto en las investigaciones sobre movimientos sociales

Empezaremos trazando algunos de los parámetros sobre los que se ha construido el marco investigador para el estudio de los movimientos sociales por parte de algunas de las grandes referencias en este campo. En este sentido, en su ya clásica obra “Los movimientos sociales” los profesores Donatella della Porta y Mario Diani establecen una brújula perfecta, en forma de preguntas, a través de las cuales se desarrolla todo un programa completo de estudio de los movimientos sociales. Así, en su trabajo, della Porta y Diani (2011) organizan en cuatro bloques de preguntas las “cuestiones teóricas y prácticas que han inspirado el análisis de la acción política militante y la resistencia cultural desde los años sesenta del siglo pasado” consiguiendo con ello una sistematización tanto de los objetivos de la investigación como de las diferentes escuelas y enfoques que el estudio de los movimientos ha generado en las últimas décadas. De esta forma, las dimensiones explicitadas por estos autores serían las que siguen:

- a) Las relaciones existentes entre los cambios estructurales y societales más generales y las formas en las que se produce el desarrollo del conflicto social, tratando de analizar de qué forma podemos explicar que una variable se interrelaciona con la otra.
- b) El valor de la la representación cultural que portan los movimientos, la

identidad que éstos auto-desarrollan, la importancia de los símbolos y los valores en la propia dinámica de la conflictividad social y, en definitiva, qué rol desempeñan estas cuestiones en los procesos de movilización.

c) El protagonismo de los intereses, del mundo de las ideas, de las visiones sobre una particular situación en el desarrollo de una acción colectiva, pero también la influencia sobre las formas organizativas que adopta un movimiento.

d) La importancia de los contextos culturales, sociales y/o políticos a la hora de configurar una dinámica particular de política contenciosa y de condicionar el éxito o fracaso de un movimiento social.

El desarrollo de este programa ha permitido el avance del estudio de los movimientos sociales como una disciplina propia dentro de las Ciencias Sociales facilitando, a su vez, los estudios de caso. Así, la omnicomprensión de estas cuatro dimensiones implica un estudio sistematizado de un elevado número de variables que interactúan en la dinámica política del conflicto: desde las ideas y el enmarcamiento discursivo, al papel de la identidad, los símbolos y la cultura, pasando por la configuración organizativa de los movimientos, y llegando a la relación con las instituciones y el contexto político en el que se inscriben. En este mismo sentido, tal y como mantiene Calle (2007), el análisis de los movimientos sociales se ha centrado tradicionalmente en cuatro dimensiones de análisis fundamentales: el para qué (el impacto de la movilización), el por qué (las razones y agravios que explican la movilización), el cómo (los discursos y formas que constituyen al movimiento) y el cuándo (la relación con el contexto social y político).

Por otro lado, tal y como sostienen Ibarra, Gomá y Martí (2002), el estudio de los movimientos sociales se ha orientado en tres direcciones: a nivel externo, a nivel interno y respecto a su impacto. Por nivel externo se entiende, según estos autores, que el objetivo sería analizar “cómo los movimientos sociales realizan la tarea de captar y vehicular las demandas de los ciudadanos, contribuyen a su participación e impactan en las instituciones.” Así, esta perspectiva concede especial importancia a la posición y relación del movimiento social específico respecto a otros actores e instituciones. Por tanto, este tipo de análisis trataría de responder, genéricamente, a la cuestión de cuándo se activan los movimientos sociales. La perspectiva que opta por un nivel interno del análisis hace referencia, en cambio, a un intento por observar al movimiento como un tipo concreto “de acción colectiva, con un repertorio propio, con una forma singular de organización y una simbología específica.” Por último, los análisis interesados por el impacto de los movimientos se centran en estudiar los rendimientos que éstos obtienen en cada una de las dimensiones sobre las que inciden o pretenden incidir (simbólica, interactiva, institucional y sustantiva).

A cada una de estas perspectivas de análisis le correspondería algún tipo de herramienta analítica (bien sea en forma de instrumento para el análisis o bien de objeto de estudio) para procesar la información y proceder al estudio sistematizado de los movimientos. Sin entrar a explicar y detallar cada una de ellas, el siguiente cuadro aspira a hacer un resumen de lo aquí expuesto:

CUADRO 1: Estrategias para el análisis de los movimientos sociales.

PERSPECTIVA DE ANÁLISIS	OBJETIVO	HERRAMIENTAS DE ANÁLISIS
A NIVEL EXTERNO	¿Cuándo se activan los MMSS?	Estructura de Oportunidad Política (EOP)
A NIVEL INTERNO	¿Qué hacen los MMSS?, ¿cómo?, ¿por qué?	“Repertorios de acción”; “Estructura y recursos organizativos”; “frame analysis”
RESPECTO AL IMPACTO	¿Cuáles son los resultados de la movilización?	Análisis de políticas públicas, Trayectorias biográficas (carreras activistas, historias de vida), encuestas cambio socio-culturas (valores)

Fuente: elaboración propia a partir de la propuesta de Ibarra, Gomá, Martí (2002)

Esta dimensión referida al impacto de los movimientos ha sido, según diversos autores (Ibarra: 2000; Casquette: 1998; Calle: 2007) la menos atendida en los estudios sobre conflictos sociales, aunque esta es una tendencia que parece ir cambiando en los últimos años (Romanos: 2011). Así, para Ibarra, esta desatención es producto del “ensimismamiento” en los propios estudios sobre movimientos sociales. Ensimismamiento que es fruto, a su vez, de una mirada analítica que surge en una secuencia dentro-fuera desde el propio movimiento. Así, esta “mirada interna” se cuestiona sobre el origen del movimiento, su dinámica y contempla el mundo exterior al movimiento como conformador del mismo. Por otro lado, hay una “mirada externa” al movimiento que se orientaría a medir los cambios y los *outputs* derivados de la acción del movimiento sobre el propio contexto social y políticos (y sus instituciones). Una mirada que trataría, por tanto, de aproximarnos a los supuestos cambios promovidos y conquistados por la dinámica contenciosa de los movimientos.

Sin embargo, hasta el momento, la mayoría de investigaciones en el campo de los *social movement studies* no escapan de esta lógica perversa que ancla los estudios en esta mirada interna. Se mantienen, por tanto, instalados en el por qué, el cómo, y el cuándo de los movimientos, movilización y ciclos de protesta. Y es así por las dificultades objetivas que aparecen cuando de estudiar los impactos de la movilización se trata o, simplemente, de analizar el éxito de un

movimiento (que no de una movilización). Son, de hecho, las dificultades metodológicas apuntadas por Ibarra en su artículo (2000: 280-281) las que han bloqueado las posibilidades de estudiar el impacto del ME en el proceso del *policy making* y del *policy network*. Esta dificultad radica, en última instancia, en la dificultad metodológica para construir indicadores (cuantitativos o cualitativos) capaces de arrojar datos concluyentes, verificables y contrastables sobre los impactos de los movimientos sociales¹. Un problema metodológico que remite a la dificultad de establecer relaciones de atribución de causalidad entre movimientos y cambios sociales (Tejerina: 2010) pero que también debería atender a los efectos no intencionados de la actividad de los movimientos sociales.

A su vez, la complejidad del asunto se puede explicar también por la “estrategia dualista” (Cohen y Arato: 2000)² que lleva aparejada la dinámica y la voluntad de los movimientos sociales, de forma que los movimientos dirigen una serie de reivindicaciones a las autoridades, pero a la vez tratan de poner en cuestión las pautas y comportamientos culturales dominantes, planteando formas alternativas de sociedad. Así, la primera estrategia comporta una relación de conflicto de base material con otros actores políticos determinados. Un conflicto sobre demandas/reivindicaciones que, de alguna manera, puede ser parcialmente constatable en cuanto a sus resultados, especialmente en aquellos impactos directos sobre las políticas públicas (a pesar de la dificultad ya comentada y referida sobre la posibilidad de establecer ajustadas atribuciones causales). Una constatación que, a su vez, puede resultar más visible en aquellos movimientos de tipo *one single-issue*. Bien diferente es el caso de la estrategia orientada a niveles más culturales. Este tipo de transformaciones, de largo alcance también a nivel temporal, presentan evidentes problemas para poder ser atendidas desde la dimensión del impacto. Así, remitiéndonos en exclusiva a la cuestión temporal, ¿de qué forma establecer bajo un determinado relato histórico los cambios culturales logrados por un movimiento? Como señala Casquette (1998), el problema de la referencia temporal nos remite a la dificultad de poder asignar, en el breve plazo, cambios socio-culturales (o incluso de políticas) a los movimientos. Y es que los movimientos se inscriben en procesos históricos dinámicos, cambiantes, de avances y retrocesos. De esta forma, los éxitos, además de poder ser siempre reversibles, pueden ser concebidos, más tarde, como fracasos y viceversa. O, del mismo modo, las diferentes organizaciones y/o activistas de los movimientos sociales pueden tener percepciones muy alejadas sobre lo que es un éxito o un fracaso en el resultado final de un

1 En este sentido, al menos, disponemos de lo que bien podría ser una clasificación sobre los impactos de los movimientos sociales. Una clasificación, obra de Casquette (1998), que diferencia entre impactos externos de los movimientos (procedimentales, sustantivos, estructurales, sensibilizadores y culturales) y, por otra parte, impactos internos a los propios movimientos (de identidad y organizativos). Por otro lado, para una propuesta metodológica para el estudio de los impactos de los movimientos sociales se recomienda el artículo de Calle (2007).

2 Una doble estrategia que Boltanski y Chiapello (2002) en “El nuevo espíritu del capitalismo” van a reformular como la crítica social y la crítica artística que estaba detrás del impulso de cambio en el mayo del ‘68.

determinado conflicto³. Por tanto, a la hora de estudiar los impactos, parece aconsejable tomar una distancia histórica suficiente que nos permita evaluar la dimensión del impacto también desde una manera dinámica acorde con los cambios que atraviesan los propios sujetos, sus objetivos, sus identidades, subjetividades y percepciones. Así, por ejemplo, los análisis de tipo micro sobre trayectorias activistas y biografías militantes, son un buen indicativo de cómo poder hacer estudios sobre el impacto de los movimientos sociales, aunque sea a esa escala.

En todo caso, el problema al que nos enfrentamos como investigadores no es menor. Se trata de superar la dificultad para poder construir indicadores capaces de medir el impacto de la acción colectiva de los movimientos sociales con, al menos, una cierta validez explicativa y verificabilidad empírica. Indicadores que no reifiquen el campo social y expresivo de la movilización y lo condenen a una simplicidad puramente estadística. Pero que sí sirvan para disponer de datos comparables y contrastables que nos permitan superar las hipótesis puramente especulativas y de los excesivos apriorismos teóricos desde los que observamos los fenómenos de movilización. Ese es el reto, mayúsculo, al que nos enfrentamos.

2.- Los cambios de Régimen, los procesos de democratización y la incidencia de los movimientos sociales:

Desde hace algunos años se ha venido imponiendo en la disciplina de estudio de movimientos sociales la preocupación por la relación directa entre movimientos sociales y democracia. Constatado el hecho que desde la década de los '60 tanto las formas democráticas como los planteamientos alternativos a la representación han sido elementos centrales en las prácticas y reivindicaciones de los movimientos (della Porta, 2009), se ha procedido a abrir un campo de análisis que pretende buscar los vínculos entre teoría democrática, procesos de democratización y movimientos sociales. En este sentido, la trascendencia de los episodios y eventos protagonizados por los movimientos sociales es indudable, siendo la construcción de imaginarios y prácticas alternativas a la democracia representativa uno de los objetivos básicos de los movimientos (della Porta y Diani, 2011)⁴. Más aún, las aportaciones de los propios movimientos han servido para la construcción de nuevos constructos teóricos referidos a la democracia, yendo mucho más allá de los estrechos márgenes en los que se agota una visión liberal, procedimental o de mera selección de élites de la democracia. Las teorizaciones, prácticas y experiencias en torno a modelos participativos, ecológicos, feministas, radicales, etc. de democracia muestran, precisamente, la

3 Este hecho lo he podido constatar en mi trabajo doctoral analizando el discurso de los activistas estudiantiles contra el Proceso de Bolonia. Entre los mismos, podemos encontrar altos niveles de desencuentro sobre el resultado final del conflicto en relación al éxito o fracaso del movimiento.

4 Estos autores tienden a sobrerrepresentar la importancia de la democracia deliberativa como base teórica sobre la que se construye un discurso alternativo sobre la democracia en los movimientos. En mi opinión, esta visión, como en su conjunto la teoría deliberativa sobre la democracia son claramente insuficientes y limitadas en la aproximación a las formulaciones y prácticas reales de los movimientos.

riqueza de producción democrática impulsada por los movimientos mostrando a éstos como auténticas escuelas de democracia. Del mismo modo, estas críticas desde los movimientos a los límites de la democracia realmente existente muestran las fallas que los sistemas demo-liberales han presentado frente a los deseos y aspiraciones democráticas de unos movimientos que – especialmente en los últimos tiempos y en distintas partes del planeta – han situado la cuestión democrática como el campo de batalla central en la lucha por la legitimidad del poder.

De esta forma, la importancia objetiva del desempeño de los movimientos sociales se ha materializado, a lo largo del tiempo, en distintos aspectos de la realidad social y política: cambio de valores, incorporación de sus demandas a la agenda política, impacto sobre otros actores políticos (especialmente, sobre los partidos políticos), etc. Sin embargo, es la cuestión democrática la que hoy está teniendo una repercusión mayor, tanto en forma como en contenido, en el desarrollo de los movimientos sociales y su impacto político. En este sentido, por ejemplo, el ciclo de protesta que emerge en 2011 puede ser perfectamente concebido como una suerte de “revolución democrática” (Rodríguez, 2013) en tanto en cuanto son un intento de ensanchar, precisamente, las posibilidades democráticas como forma así como contenido en tanto en cuanto aspiran a ser la afirmación de nuevos derechos. Así, un aspecto notable y al que algunos autores han dedicado más atención, ha sido la especial relación y vinculación de los movimientos sociales con los procesos de democratización. O, como señala Tilly (2010), la existente correspondencia entre democratización y movimientos sociales. En general, la literatura académica (especialmente, en el ámbito de la Ciencia Política) sobre los procesos de democratización tiende a conceder mayor importancia al papel de liderazgo de las élites políticas o a las particulares condiciones económicas que al rol que los movimientos sociales pueden tener en el inicio, desarrollo y resultado de estos procesos (Bermeo, 1997). Así, algunas teorías de la democratización vinculadas al mainstream académico como la *transitología* afirman que, en la mayoría de casos, ésta se produce, fundamentalmente, como resultado de un proceso iniciado principalmente por la clase dominante y dirigido por ella (O’Donnell y Schmitter, 1986). En cambio, tanto la *teoría de la modernización* como la *perspectiva histórica de clase* centran su atención en las precondiciones económicas existentes antes de iniciarse un proceso democratizador, obviando con ello el rol desempeñado por los movimientos sociales (Rossi y della Porta, 2009). Según estas tres perspectivas dominantes, los movimientos sociales serían más un “síntoma que una causa” de la democratización (Ulfelder, 2005) siendo, por tanto, actores secundarios (o, incluso, posibles amenazas) en el marco de los procesos de democratización. En todo caso, independientemente del tipo de régimen autoritario ante el que estemos (personalista, de partido único o militar, según la tipología de Geddes (1999)), lo cierto es que la literatura académica también conviene en señalar, al menos, que la movilización popular es

un elemento, si no suficiente, sí al menos necesario para producir un proceso democratizador.⁵ De esta forma, tal y como sostiene Johnston (2011), los movimientos populares son un instrumento clave por el que las élites se avienen a negociar y a permitir procesos de apertura hacia sistemas democráticos o, incluso, acelerando los planes democratizadores que las élites manejaban inicialmente. Por tanto, el resultado exitoso de los procesos transicionales (bien sean en forma de reforma o de ruptura) también depende de la movilización y el desafío de sectores sociales ubicados en posiciones antagonistas con las élites y, aparentemente, marginados de los procesos de cambio. Es por esto mismo que los ciclos de protesta y, por ejemplo, las oleadas de huelgas son un factor clave en los procesos de democratización (Rossi y della Porta, 2009). Por esta razón, aun no pudiendo delimitar el impacto y alcance preciso de los movimientos sociales (como expresiones de la presión popular *por abajo*) podemos afirmar la importancia de los movimientos en la resolución de los procesos democratizadores y de su capacidad para condicionar dichos procesos. Es más: en los procesos de profundización democrática de los sistemas demo-liberales hacia nuevas formas de expresión democrática no es que los movimientos sean una condición necesaria. Son, en pura esencia, los sujetos protagónicos y canalizadores de dichos procesos. Así lo demuestran las experiencias históricas más recientes, especialmente en América Latina, donde los movimientos sociales y las luchas populares han sido un actor fundamental en los procesos de democratización que han fermentado en nuevos modelos y desarrollos constitucionales.

BIBLIOGRAFÍA:

Bermeo, N. (1997): Myths of moderation: Confrontation and Conflict during Democratic Transitions. *Comparative Politics*, vol. 29 n 3, pp. 305-322.

Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002): El nuevo espíritu del capitalismo. Ed. Akal: Madrid.

Calle, A. (2007): El estudio del impacto de los movimientos sociales. Una perspectiva global, en *REIS* 120/7, pp. 133-153.

Cohen, y Arato, (2000): Sociedad civil y teoría política. Fondo de Cultura Económica: Estados Unidos.

Casquette, J. (1998): Política, cultura y movimientos sociales. Ed: Bakeaz: Bilbao.

Geddes, B. (1999): What do we know about democratization after 20 years?. *Annual Review of Political Science*. Vol. 2: 115-44.

Ibarra, P. (2000): Los estudios sobre los movimientos sociales: estado de la cuestión, en *Revista*

5 En el trabajo de Ulfelder (2005) se constata el diferente impacto, eso sí, que las movilizaciones generan sobre los regímenes autoritarios dependiendo del tipo de régimen al que se enfrentan (personalista, de partido único o militar).

Española de Ciencia Política, vol 1, nº 2, pp. 271-290.

Ibarra, P.; Martí, S., Gomá, R. (coords): *Creadores de democracia radical*. Ed. Icaria: Barcelona.

Jiménez, M. (2011): *La normalización de la protesta. El caso de las manifestaciones en España (1980-2011)*. CIS: Madrid.

Johnston, H. (2011): *States and Social Movements*. Cambridge: Polity Press.

O'Donnell, G. y Schmitter, Ph. (1986): *Transition from authoritarian rule: Tentative conclusions about uncertain democracies*. Ed. John Hopkins University Press. Baltimore.

della Porta, D. y Diani, M. (2011): *Los Movimientos Sociales*. CIS: Madrid.

della Porta, D. (2009): *Democracy in Social Movements*. London: Palgrave.

Sánchez Soler, M. (2010): *La Transición sangrienta: Una historia violenta del proceso democrático en España (1975-1983)*, Ed. Península: Madrid.

Rodríguez, E. (2013): *Hipótesis democracia. Quince tesis para la revolución anunciada*. Ed. Traficantes de Sueños: Madrid.

Romanos, E. (2011): *Retos emergentes, debates recientes y los movimientos sociales en España. Epílogo de della Porta, D. y Diani, M., "Los Movimientos Sociales"*. CIS: Madrid.

Rossi, F. y della Porta, D. (2009): *Social Movement, Trade Unions and Advocacy Networks, en Democratization (Haerpfer, Ch. et al eds.)*, Oxford University Press.

Tejerina, B. (2010): *La sociedad imaginada. Movimientos sociales y cambio cultural en España*. Ed. Trotta: Madrid.

Tilly, Ch. (2010): *Democracia*. Ed. Akal: Madrid.

Ulfelder, J. (2005): *Contentious Collective Action and the Breakdown of Authoritarian Regimes*. *International Political Science Review*, 26: 311.